



Sermón Dominical

REV. JAVIER ULLOA CASTELLANOS

DOMINGO 169 DE AGOSTO 2026

HACIA LA META CON ESPERANZA PARA UN ENCUENTRO TRANSFORMADOR MATEO 15:21-31

No haya encuentros con Jesús a medias, inconclusas y excluyentes. Donde él se encuentra se haya la vida: “En él estaba la vida, y su vida era la luz de los hombres” (Jn.1:4). Es verdad, el ser humano es determinado por sus encuentros. En nuestra sociedad tenemos códigos que establecen los encuentros entre las personas. Estos códigos están determinados por varios factores como: la raza, el género, el lugar que se ocupa en la sociedad, el trabajo que se desempeña, los ingresos, los grados académicos, las costumbres, la religión que profesas o si no profesas alguna, entre muchos otros. Son como barreras infranqueables que no permiten encuentros entre iguales, y solo se rozan cuando es estrictamente necesario, pero nunca se abren a una relación de amor, de fe y esperanza. En el pasado, el que nacía esclavo, esclavo se quedaba; las castas determinaban el tipo de raza que se poseía, y a la vez, el lugar que se ocupaba en la sociedad. Ahora decimos, eso ya ha desaparecido, y todos tienen las mismas oportunidades. ¿Es verdad? Pero la razón es más profunda, porque tiene que ver con el derecho a la vida, a la felicidad, a la sanidad, y a la salvación. ¿Dios tiene desahuciados?

Cuando Jesús irrumpe en las ciudades fenicias de Tiro y Sidón, que en aquel entonces eran parte de Siria, se adentra en tierra extraña. Tales ciudades se encontraban al norte del Monte Carmelo, a lo largo de la llanura costera del mar Mediterráneo. De hecho, Fenicia era el país que se interponía entre Galilea y el mar. La ciudad de Tiro estaba a unos 65 kilómetros al noreste de Capernaúm, y

cuyo nombre significaba: “La Roca”. Sidón, por su parte, se encontraba a unos 42 kilómetros al noreste de Tiro, y a unos 10 kilómetros al norte de Capernaúm.

ENCUENTRO CON LA FUERZA DEL AMOR

Jesús sale de Galilea en busca de un poco de alivio y tranquilidad, y se adentra en un país extranjero. Pero aun allí, una mujer griega y siro fenicia, al enterarse de su presencia, le sigue, y le dice, con un tono de urgencia, que tiene a su hija gravemente enferma, y le ruega desesperadamente que la sane. “Señor, Hijo de David, ten misericordia de mí” (v. 22). Y como Jesús parecía no darse por enterado, la mujer insiste una y otra vez, hasta que sus discípulos le dicen: “Despídela, pues da voces tras nosotros” (v.23). No era la primera vez que los discípulos hacían lo mismo. En el relato de la alimentación de los cinco mil, le dijeron a Jesús: “Señor, ya es tarde, despide a la multitud, y permíteles que se vayan a buscar su propia comida. ¡Hay Jesús, qué trabajo te está costando sensibilizar a tus discípulos! Ellos, con su mentalidad limitada se preguntaban: ¿Quién se quiere detener a un encuentro con una mujer y extranjera? ¿Quién quiere ponerle atención a un corazón destrozado por la angustia de una mujer y su hija, cuando son tan distintas a nosotros? ¿Quién se va a detener ante una impertinente y grosera mujer, que da voces como loca? Al proponer “despedir”, los discípulos intentan gestionar quién y cuándo llega a Jesús, en lugar de abrir espacio a la necesidad y la fe. Estas

peticiones no son detalles triviales: revelan una lógica de exclusión, comodidad y limitación que Jesús confronta para enseñar una ética del Reino más amplia y compasiva.

Pero, cada vez que los discípulos proponen “despedir”, Jesús responde ampliando la mesa: alimenta a la multitud; sana a la hija de la gentil; bendice a los niños. El Reino no expulsa, incluye. Jesús se detiene, se encuentra con aquella mujer, pero no le da, al parecer, la respuesta que todos esperábamos de él. Mateo afirma que Jesús le dijo: “No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel” (Mt. 15:24). Pero la mujer no entendía de teología, ni de historia, solo sabe que Jesús puede sanar a su hija a quien ella ama profundamente. “¡Señor, socórreme!” (Mt.15:25). Jesús le responde: “Deja primero que se sacien los hijos, porque no está bien tomar el pan de los hijos, y echarlo a los perrillos” (v.27). La actitud de esta mujer es la de una oración que se vuelve ruego, y que a la vez, en la aparente lejanía y distancia que Jesús marca, la mujer sigue aferrada a él por amor a su hija, y por el amor que tiene que haber en Jesús, en tanto que “Hijo de David”, que no era otra cosa que la comprensión de que Jesús verdaderamente era el enviado de Dios para salvación del mundo. Son palabras que reclaman el derecho al amor, el derecho a la vida sin importar quién era, ni de dónde venía. “No está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perrillos”. Dura expresión para una persona, y aunque el término está en diminutivo, no por ello deja de resonar crudamente en el corazón de esta mujer.

Pero ella no se intimida a la respuesta del maestro y vuelve a la carga, porque cuando hay urgencia de Dios, hay que insistir; porque cuando somos conscientes de la urgencia de nuestras vidas, y como en este caso, urgencia en la vida de un ser amado, entonces, hay que insistir con mayor fuerza. ¡Socórreme! No dice: ¡Socorre a mi hija! No. Asume por amor el dolor de ella. Es su dolor, es su urgencia, y por su amor lo soporta todo. Esta era la fuerza impulsora de su corazón, y no hay nada más fuerte y cercano al corazón de Dios que el amor. “Sí, Señor; pero aun los perrillos, debajo de la mesa, comen las migajas de los hijos” (v.28). La respuesta paraliza el corazón de Jesús, y el amor de esta

mujer le fue contado por justicia. Jesús la amó, porque encontró en ella un amor luminoso que no acepta un no por respuesta suya. La mujer modela una fe que confía en la suficiencia de la gracia del Señor; esa fe es la que la incorpora a la mesa.

“La mujer no acepta como voluntad de Dios una mesa con lugares reservados; al contrario, nos va a revelar con mayor fuerza el Evangelio que abraza y que mira a los ojos a quien sufre, un Evangelio que es en todo tiempo y en todo lugar una mesa abierta, dispuesta, generosa, con pan para todas y todos” (Jn.1:12,13).

ENCUENTRO CON LA FUERZA DE LA FE

“Entonces, respondió Jesús: “Oh, mujer, grande es tu fe, hágase contigo como quieres” (v.28). La fe de esta mujer había crecido al contacto con Jesús. Empieza llamándolo “Hijo de David”, y termina llamándolo “Señor”. Es en la conversación, en el encuentro de los ojos y el tono de la voz, que la mujer fue comprendiendo con quién hablaba. Jesús suscita en ella una fe capaz de comprender que un pedido a un hombre debía convertirse en una oración al Dios vivo. La fe de esta mujer crece conforme avanza el diálogo con Jesús, hasta que lo ve como lo que realmente es: ¡Su Señor y Salvador! La respuesta de Jesús declara que la bendición del Reino no se agota en Israel; y lo que fueron “migajas” se convierten en panes que son puestos en su mesa donde hay lugar para todos y todas.

Esta historia nos enseña que el núcleo de este encuentro es también la fe en un Jesús que se hace Señor de cada uno de nosotros y de toda la humanidad. Un Señor que nos mira con compasión y no nos deja caer en el vacío de nuestro desaliento. Hay que acrecentar esta experiencia de fe que sabe que amar es confiar en quien nos ama, y es cultivar su presencia en todo tiempo. Y la fe jamás vuelve vacía. Esta mujer creyó, aunque todo estaba en su contra; confió en la mirada de Jesús, aunque todas las miradas la juzgan como impertinente; comprendió que Jesús era más que un taumaturgo, era el Señor de su vida, aunque todo le indicaba que no tenía derecho a acercarse al Dios de Israel. Esta mujer aprendió que la fe en Jesús tiene respuestas de

vida, y vida eterna. Empezó siguiéndole y terminó arrodillada; empezó con una petición, y terminó con una oración; llegó con un dolor y salió con una sanidad. ¿Cómo lanzar nuestras redes sin la confianza inamovible de que Jesús no sólo ama, sino también salva? La declaración “¡grande es tu fe!” es, entonces, una coronación del Reino: Jesús reconoce en ella un modelo de fe que la comunidad debe imitar.

ENCUENTRO CON LA FUERZA DE LA ESPERANZA

La persistencia de esta mujer fue inquebrantable. No se podía descorazonar. Es frecuente que oremos porque no queremos perder la oportunidad de hacerlo. Pero esta mujer se acercó a Jesús no sólo porque era su única ayuda, sino porque era su única esperanza. Era una apasionada esperanza que no estaba dispuesta a terminar descorazonada; no había llegado a Jesús para devolverse igual, sino por el contrario, porque había albergado la esperanza de que todo lo podía recibir de Cristo, se encuentra con él aun teniendo todo en su contra. ¿En quién aguarda nuestra vida? Fácil de responder, pero difícil de practicar, sobre todo cuando todo nos indica que no hay remedio. Cuando esto sucede, queda reducida nuestra fe, y, ¡qué reducidos nos quedamos en nuestras propias dimensiones! Esta mujer gentil esperó en Jesús, porque estaba empeñada en lograr lo que anhelaba su corazón. Oró, no como un ritual, sino como la expresión de un deseo apasionado que nace del amor y la fe, que sentía y creía, que no podía, que no debía, y no tenía por qué recibir una negativa como respuesta de parte del Hijo de Dios. Baste comprender tan sólo un poco de esta historia, para que empiece a desarrollarse en nosotros la esperanza viva de que el encuentro con Jesús y su Palabra nos responderá de la misma manera: “Hágase contigo como quieras”.

Vamos hacia la meta con esperanza esperando lo mejor de Dios, creyendo lo mejor de Dios porque hemos puesto lo mejor de nosotros en sus manos. La mujer de este relato se acercó a Jesús con un amor audaz, una fe que creció a los pies de Jesús, y una esperanza inquebrantable que no aceptaba un no por respuesta de parte de su Señor. Una admiración atraviesa esta historia y un profundo respiro nos permite sentirnos cobijados por ella, porque ahora sabemos que Jesús no se resiste a la fuerza del amor, la fe y la esperanza. Una historia que nos invita a confiar y a alabar a Dios por su infinito amor con que nos ha amado a nosotros también. Esta no es una historia sobre un milagro lejano, es una historia sobre una mesa donde hay lugar para ti, y para tanta gente que se siente excluida y sin derechos, que ha sido ubicada bajo la mesa; la historia de un Jesús que se deja interpelar por la fe de los que la religión y muchos más excluyen; sobre un Reino donde la última palabra no la tiene el prejuicio, sino la misericordia de Dios.

Amén.